

Enormes y pesadas grabadoras que funcionaban con motor de gasolina fueron las principales herramientas para sus registros musicales; con ellas recorría grandes distancias entre abruptas sierras, cenagosas selvas y desolados desiertos. A su paso surgían cantores y músicos quienes —algunos con guitarra, otros con flauta o con trompeta— le obsequiaban sus jarabes, pirecuas, alabados o plegarias. Se sentía afortunada: dondequiera que llegaba siempre era bien recibida; las músicas la acogían, la abordaban.

En el transcurso de casi seis décadas, la pianista y locutora, productora y programadora de radio, nacida en el seno de una familia judía con raíces europeas, comunista y emigrada a Nueva York, viajaría por distintos rumbos de México, recorriendo historias y culturas, internándose en territorios indios, extraviándose en enclaves mestizos y reencontrándose diferente entre lo diverso y lo extraño.

Ella mencionó en más de una ocasión que nunca hacía planes precisos con rigor predeterminado: simplemente decidía acudir a una región por voluntad propia o invitada por alguien. Era muy intuitiva: la guiaban sus ganas de asombrarse y la idea de que en toda música subyacen emociones humanas como

un lenguaje común; su persistencia la llevó a conseguir músicas que parecían extintas, perdidas en el tiempo de lejanas aldeas y rancharías cuyos pobladores las guardaban, celosos, en la intimidad de sus celebraciones místicas o en sus momentos de gozo.

Su primer viaje, en 1942, fue a Michoacán; después vendrían Chiapas y el Istmo zapoteco. En 1944, decidió internarse en el territorio del Gran Nayar y luego en el de los seris; en 1945 regresó a Chiapas y al año siguiente realizó un recorrido entre los pueblos tarahumara y yaqui. Su fascinación por los temas relacionados con las mujeres hizo que regresara varias veces al Istmo, donde encontró un singular prototipo femenino; por ello viajó a esa región entre 1971 y 1972 y luego en 1992, cuando culminó de manera formal sus exploraciones en México.

Henrietta Yurchenco fue una enamorada de la música, de las músicas del mundo: el idioma que le permitió acercarse a la gente y entenderla, ya fueran indígenas, intelectuales citadinos, obreros o músicos de diversa procedencia. Sus orígenes familiares, vivencias y anhelos en la vida se convirtieron en paradigmas intuitivos que condujeron sus búsquedas. La condición de las mujeres fue uno de ellos, qui-